

Fisuras en el autoritarismo liberal: el sacrificio del fundamento liberal como nuevo pacto social en los Estados contemporáneos

Fissures in Liberal Authoritarianism: Sacrifice of the Liberal Basis as a New Social Pact in Contemporary States

Guillermo Andrés Duque Silva

Resumen

En este capítulo se realiza un análisis sobre la forma como se transforma la relación protección-obediencia entre los Estados y ciudadanos contemporáneos. Se argumenta la hipótesis según la cual la política contemporánea en los Estados liberales ha dado lugar a una reconfiguración del liberalismo como sistema ideológico, que ha consistido en la instalación de nuevos antagonismos con fundamentos lejanos del uso racional del poder y más próximo a justificaciones provenientes de la teología. Uno de los aportes importantes del capítulo es la explicación que se ofrece sobre el ejercicio de la soberanía en los Estados liberales contemporáneos; el contrato social en la actualidad se representa en el acto irracional y violento del sacrificio a las libertades en nombre de una “idea de libertad”. La estrategia argumentativa empleada en el capítulo implica una relación entre dos autores distantes temporalmente, pero cercanos en su posturas contra el liberalismo: Carl Schmitt y Slavoj Žižek. El capítulo concluye afirmando que el liberalismo del siglo XXI se caracteriza por justificar relaciones autoritarias entre el Estado y el ciudadano, contrarias a los principios que, en el mismo seno del liberalismo, han dado lugar al Estado y a la ciudadanía. En el liberalismo, el sacrificio a las prácticas de libertad termina justificándose para afianzar la sujeción ideológica de los ciudadanos a esta doctrina en el plano teórico-ideológico.

Palabras clave: autoritarismo, Carl Schmitt, liberalismo, Slavoj Žižek.

Abstract

This chapter provides an analysis on how the protection-obedience relationship between states and contemporary citizens has transformed. It discusses the hypothesis that contemporary politics in liberal states has led to a reshaping of liberalism as an ideological system, which has involved the establishment of new antagonisms with foundations distant from the rational use of power and closer to justifications from theology. One of the important inputs of the chapter is the explanation offered on the exercise of sovereignty in contemporary liberal states; the social contract is currently represented in the irrational and violent act of sacrifice of liberties in the name of an “idea of freedom.” The argumentative strategy employed in the chapter involves a relationship between two temporarily distant authors, but close in their stand against liberalism: Carl Schmitt and Slavoj Žižek. The chapter concludes stating that the 21st century liberalism is characterized by the defense of authoritarian relations between state and citizen, contrary to the principles that, in the very heart of liberalism, have given rise to state and citizenship. In liberalism, the sacrifice of practices of freedom is justifiable to strengthen the ideological subjection of citizens to this doctrine in the theoretical-ideological level.

Keywords: authoritarianism, Carl Schmitt, liberalism, Slavoj Žižek.



Perfil del autor / Author's profile

Guillermo Andrés Duque Silva

Investigador y jefe de investigaciones de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Cali. Magíster en Filosofía de la Universidad del Valle. Estudiante de Doctorado en Ciudadanía y Derechos Humanos de la Universitat de Barcelona. Autor del capítulo "Más allá de la isla de Moro, la utopía de una justicia global en el debate contemporáneo", publicado en el libro *Utopía: 500 años*. Correo electrónico: coinderucc@hotmail.com

Cómo citar este capítulo / How to cite this chapter?

APA

Duque Silva, G. A. (2016). Fisuras en el autoritarismo liberal: el sacrificio del fundamento liberal como nuevo pacto social en los Estados contemporáneos. En G. A. Duque Silva (Ed.), *Democracia, Estado e ideología. Apuestas políticas más allá del desierto de las utopías* (pp. 113-127). Bogotá: Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia. Doi: <http://dx.doi.org/10.16925/9789587600704>

Chicago

Duque Silva, Guillermo Andrés. "Fisuras en el autoritarismo liberal: el sacrificio del fundamento liberal como nuevo pacto social en los Estados contemporáneos". En *Democracia, Estado e ideología. Apuestas políticas más allá del desierto de las utopías*, Ed. Guillermo Andrés Duque Silva. Bogotá: Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia, 2016. Doi: <http://dx.doi.org/10.16925/9789587600704>

MLA

Duque Silva, Guillermo Andrés. "Fisuras en el autoritarismo liberal: el sacrificio del fundamento liberal como nuevo pacto social en los Estados contemporáneos". En *Democracia, Estado e ideología. Apuestas políticas más allá del desierto de las utopías*. G. A. Duque Silva (Ed.). Bogotá: Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia, 2016, pp. 113-127. Doi: <http://dx.doi.org/10.16925/9789587600704>

Introducción

La evidencia sociológica e histórica de lo corrido del siglo XXI, permite explicar que la imposibilidad de los Estados de reducir los conflictos políticos a puntos de inflexión para la reorganización de su aparato jurídico y la consecuente generalización de los Estados de excepción, son un signo de la crisis del liberalismo como ideal hegemónico. A partir de los planteamientos del constitucionalista norteamericano Paul Kahn y el filósofo esloveno Slavoj Žižek, en este ensayo se plantea que el Estado liberal contemporáneo se hace consciente de su propia finitud y devela el rostro de un soberano que decide a través de él, en la exigencia de sacrificio a sus ciudadanos, en cuanto tal.

Esta situación se manifiesta empíricamente en las nuevas dinámicas de enemistad que vivimos en el plano internacional. De modo detallado el artículo explica que en la actualidad, el proceso de “construir un enemigo” pasa, por lo menos por tres etapas concretas: en primer lugar está la percepción de inseguridad, basada en elementos externos o internos del Estado que, formalmente, se ajustan a la hostilidad que despertaría tener un enemigo ideológico real, pero que sustancialmente no puede atribuirse a otro Estado u otra unidad política específica; en segundo lugar y como consecuencia del anterior, encontramos el aflorar de una conciencia finita del Estado amenazado, todo riesgo debe ser tan considerable, que permita concebir imágenes del fin del Estado, para que en una tercera etapa, emerja la exigencia del sacrificio de una parte del núcleo ideológico liberal, que es proyectado “hacia afuera” y ubicado en el lugar histórico del enemigo, para su sacrificio.

El artículo arroja importantes resultados alrededor de la discusión sobre el fin del Estado liberal, es decir sobre la posibilidad consciente que tiene una nación de desaparecer como comunidad jurídica. Permite explicar a partir de una actualización de Carl Schmitt y en un diálogo con Slavoj Žižek, que hoy la identificación de un enemigo no se basa en una diferencia política objetiva, sino en la percepción de una amenaza a la existencia, frente a la cual solo queda la acción del sacrificio de los propios principios liberales: se sacrifica la seguridad por “la percepción seguridad”, la libertad por la defensa de la “libertad en sí misma”. El sacrificio desde esta perspectiva, es el acto de negar aquello que nos es máspreciado como una muestra de la fe inquebrantable en “eso” que nos es máspreciado: los fundamentos liberales, en defensa de un Estado liberal que día a día transforma su fisionomía a golpe de contradicciones.

El sacrificio del fundamento liberal: elementos de un análisis de teología política

La disolución de la dicotomía capitalismo-socialismo ha dado lugar a un nuevo escenario para las relaciones internacionales. Dos décadas después de la caída del “socialismo realmente existente”, podemos decir que la versión global del antagonismo amigo-enemigo, en los términos en que lo planteaba el constitucionalista alemán Carl Schmitt, ha quedado disuelto o por lo menos se ha reconfigurado notablemente¹. Los grados de interdependencia comercial, el fortalecimiento, el derecho internacional público y el predominio del paradigma liberal-republicano como sustancia ideológica de la mayoría de los Estados en Occidente, hacen que la sociedad global hoy pose como una “comunidad general de amigos”.

Como sabemos el tiempo de la bipolaridad socialismo-capitalismo ha terminado y la dinámica política se ha transformado notablemente. En primera instancia, al interior de los Estados la acción de las colectividades amigo-enemigo no se reduce a los partidos políticos como en la década de 1930, sino que se dota de altas cuotas de contingencia e imprevisibilidad. Esto ha llevado a que en las relaciones políticas no solo resulte importante, por ejemplo, la causa de la dominación, sino las “formas de la dominación”: entre otras la sistemática humillación personal, el respeto forzado, el castigo y la sanción social, así como la sumisión y las faltas a la autonomía (Scott, 2000, p. 123).

En segunda instancia, a nivel internacional, el fin de la bipolaridad ha dado lugar a la “tesis de la paz mundial” (Doyle, 1983a) según la cual, los Estados liberales “no hacen la guerra... entre sí”, lo que se ha demostrado entre 1990 y 2014

1 Carl Schmitt afirma que los eufemismos liberales son empleados con frecuencia para encubrir la esencia bélica de lo político y para vedar la práctica generalizada de enfrentamientos entre colectividades. A esto, el liberalismo le superpone denominaciones más cordiales con la lógica de la acción racional, y en una expresión distintivamente liberal, “le confiere un rostro diferente a cada concepto político” (Schmitt, 1991, p. 26). Por ejemplo, bajo condicionantes éticos y políticos el concepto de lucha es transformado por la primera determinante en “discusión”, y por otro lado, en “competencia”, el Estado se torna en “sociedad de ciudadanos” desde una perspectiva ética y por el lado económico-comercial, en un espacio-obstáculo para la “libre producción y tráfico”. Las voluntades propias de ejercer el *ius belli* al reconocer a nuestro enemigo e impugnarlo, se convierten en la construcción racional de un “ideal o programa” y en el sentido económico, en una tendencia o en un cálculo económico. El pueblo se convierte, por un lado en “público” y por el otro en personal laboral y empresarial y en “masa de consumidores” etc. (Schmitt, 1991, p. 25).

con una veintena de intervenciones militares calificadas como pro-democráticas, humanitarias y preventivas².

Esto no significa que los antagonismos hayan desaparecido o que reine la armonía al interior y entre los Estados. Por el contrario, las formas de antagonismo subsisten, aunque lo hacen de una manera distinta a lo propuesto por Carl Schmitt (1991). Iniciemos planteando como hipótesis que en las condiciones actuales, sin un enemigo natural en el horizonte, los Estados genéricamente liberales se ven instados a sacrificar su propio discurso para generar un antagonismo que les permita legitimarse, crear derecho y lo más importante, garantizar la obediencia de sus asociados. Esta situación, como veremos, explica la condición paradójica en la que se encuentra el liberalismo, que al no hallar un opositor ideológico real en el horizonte, se ve obligado y limitado a crear “enemigos potenciales”, es decir, representaciones de un mal externo que se proyecta desde su interior para generar la cohesión de la ciudadanía a costa de percepciones de la inseguridad que se pretende controlar.

Contrario a lo que sucedía en tiempos de la Unión Soviética, la justificación de la guerra inter-nacional hoy no se encuentra en la existencia efectiva de un enemigo, claramente identificable y en cuyas cualidades se ubiquen las razones de la intervención amiga, sino que en ausencia de ese enemigo, los Estados liberales adoptan la postura de inferir actitudes pacíficas o belicosas en los Estados con

2 La tesis de la paz democrática es propuesta por Michael Doyle en 1983, pero es a partir de 1990 que se introduce como “nuevo paradigma” del derecho internacional público al ser asumida como derrotero ideológico de las Naciones Unidas, concretado en la reforma al párrafo 2 del artículo 7 de la Carta de las Naciones Unidas, una organización hasta 1989 definida en su neutralidad política. La tesis de la paz democrática parte de tres supuestos: (a) las democracias liberales nunca (o casi nunca) se han hecho la guerra; (b) los Estados democráticos no son más propensos a la guerra que los Estados no democráticos, pero no menos; y (c) aunque los Estados liberales no se hacen la guerra entre sí, han tenido guerras con Estados no liberales. Según la investigadora española Teresa Geraldo (2012), el que las Naciones Unidas introdujeran la tesis de la paz democrática en reemplazo de la imparcialidad y no intervención en la autodeterminación de los pueblos, explica por qué entre 1990 y la actualidad: 1. Se presenta una veintena de intervenciones armadas preventivas y prodemocráticas, algunas con autorización de la ONU; 2. La democracia se haya impuesto como un requisito para el reconocimiento de nuevos Estados de Europa central y del Este, antiguamente de la URSS y Yugoslavia; 3. Las ayudas extranjeras exijan niveles de democratización a los países no desarrollados; y 4. Se imponga un nuevo estándar civilizatorio que asimila civilidad con democratización. Sobre una crítica actualizada de Carl Schmitt a los postulados de Hans Kelsen en cuanto a política internacional, ver Campderrich (2006, pp. 205-217).

los que interactúan. En consecuencia, el enemigo de la posguerra fría surge de la percepción de desconfianza o sospecha que los Estados liberales identifican en las demás naciones. La tesis realista de Schmitt, según la cual la política internacional se define en la distribución del poder en el sistema internacional, adquiere un grado de complejidad en la medida en que el enemigo hoy lo “construye” el Estado liberal, ya que no es de antemano identificable, como en tiempos de la bipolaridad.

En la actualidad los elementos del conflicto político se tornan desconcertantes: la lucha contra el terror, los fundamentalismos político-religiosos y el llamado “fenómeno del terrorismo”, por ejemplo, no sugieren una ubicación espacio temporal fija, ni un actor externo sustantivado al cual llamar, genéricamente, “enemigo”. El mundo bipolar de la rivalidad URSS-EEUU ha quedado atrás y hoy, la multipolaridad de las fuerzas nos muestra una realidad política que no logra entenderse en los términos de una escisión clara entre interior y exterior dado que, entre otras cosas, los conflictos pasan por alto las tradicionales fronteras estatales que tanto privilegió Schmitt como límite entre el adentro y el afuera de la política. En consecuencia toda división amigo-enemigo se encuentra hoy dotada de inestabilidad. Es por esa razón que se debe optar por un modelo distinto para explicar la confrontación política; un arquetipo en el cual el conflicto sea entendido desde sus posibilidades de reactivación permanente y de alternancia en los roles de amigo y enemigo. Un modelo que dé cuenta de una escisión afuera-adentro contingente, relativa o mejor, dinámica³.

3 Tengamos en cuenta el caso de la separación vía referendo de Crimea frente a Ucrania y su propuesta de adherirse a Rusia. Sobre el inmediato apoyo brindado al primero, por parte del gobierno de Vladimir Putin, vale preguntarse: ¿Por qué Rusia apoya la causa separatista de una región del mundo aparentemente “insignificante” como Crimea? Pues bien, ¿por qué no hacerlo?, teniendo en cuenta el grado de interdependencia comercial que hay entre Rusia y en general, las principales potencias del mundo, el cual es tan alto que cualquier sanción contra Rusia terminaría afectando también a quien o a quienes la emitan. En este caso, como en muchos otros, se puede comprender por qué hoy, en el vecindario mundial, solo existen “amigos por conveniencia” o socios que son incapaces de reactivar un antagonismo en los términos del Schmitt del siglo pasado. La decisión de Rusia de apoyar a Crimea, por ejemplo, expresa bien la complejidad del paso de la bipolaridad a la multipolaridad: por un lado, es una exhibición del poderío ruso frente a Occidente, formalmente similar a lo que se vivía en tiempos de la bipolaridad capitalismo-socialismo, pero sustancialmente es distinta, en la medida en que antes que enemigos, Rusia y Estados Unidos, como cualquier otro miembro del Consejo de Seguridad de la ONU, son socios comerciales interdependientes, en consecuencia, más allá del desconcierto de los Estados Unidos y la Unión Europea, no hay una posibilidad real de un conflicto bélico o una sanción significativa en contra de Rusia. Para

Ante la ausencia de un enemigo real, los Estados del presente siglo se ven obligados a proyectar un aspecto del interior de la comunidad de amigos para ser sacrificado, en el lugar que históricamente ocupó el enemigo, como una especie de *sparring*, en nombre del cual se provee cohesión a la misma colectividad. En este apartado encontraremos una explicación para la contradicción de los principios liberales, que en nombre de la libertad vienen realizando los Estados en el siglo XXI, a partir del empleo del principio teológico del sacrificio como una metáfora aplicada a la filosofía política.

En una interpretación de lo político desde la cual la soberanía se encuentra en el interior de la política y al servicio de una colectividad amiga, la exigencia de muerte no se dirigirá hacia afuera, como lo interpreta Schmitt, puesto que, como hemos dicho, no hay realmente un enemigo afuera, sino que la mirada es direccionada desde adentro y hacia adentro, es decir, la misma colectividad amiga selecciona de sí lo sacrificable, lo puesto en bando contrario como una exigencia para salvaguardar los valores que la definen como comunidad política. La situación es paradójica: se obliga a la colectividad amiga a sacrificar los valores y fundamentos del conglomerado social para mantener seguro al mismo conglomerado social.

Sobre esto en los últimos años, abundan los ejemplos. Pensemos en este caso en la manera como se transforma el valor de la vida en los Estados liberales que promueven, facilitan o ejecutan invasiones como las de Irak o Afganistán y más precisamente, cómo se limitan las libertades de los individuos a los que se pretende proteger contra el flagelo del terrorismo. Pensemos en casos como el de Libia o más recientemente de Rusia y su relación con Estados Unidos y Alemania y parte de la Unión Europea.

En este último caso, se evidencia que en la “comunidad mundial de amigos” el grado de interdependencia comercial es tan alto que cualquier sanción contra Rusia, por incentivar las facciones independentistas en Ucrania, terminaría afectando también a quien o a quienes la emitan. La hostilidad en este caso es muy diferente a la que se vivía en tiempos de la URSS, las posibilidades de un conflicto real en términos bélicos es casi nula, lo que no significa que esta nueva

Schmitt, esta sería una evidencia de la despolitización del mundo que él profetizó, aquí se sostendrá la hipótesis que más allá de una despolitización, en las líneas de continuidad, en esa necesidad de “exhibir el poderío”, hay muestras de una nueva configuración del concepto de lo político que abre otras alternativas para la activación de la política, en terrenos que Schmitt no pudo prever.

forma de antagonismo deje de generar consecuencias interesantes al interior de los Estados implicados. En el caso de Estados Unidos y Rusia, este “antagonismo entre socios” se ha entendido como la lucha contra el “otro-que-ya-no-es-distinto”, que ha adoptado elementos de la doctrina económica liberal, lo que transforma las posiciones de los enfrentados en una discordia que ya no puede desarrollarse en el terreno de la oposición ideológica. Esto ha conducido a que se generen, “de lado y lado” discursos y acciones intolerantes, autoritarias y antidemocráticas e inclusive, inconvenientes en términos del libre mercado. Es ahí que tiene lugar el sacrificio, en los términos en que lo hemos explicado, en un escenario paradójico: se sacrifica la libertad de mercados y el control político de los parlamentos, en defensa de la libertad y la institucionalidad democrática de cada quien. En este “vecindario mundial de amigos”, el liberalismo como ideología, no solo se transmuta, sino que se ajusta fielmente a la imagen de una serpiente que se devora a sí misma por la cola.

La unidad básica del conflicto en el siglo XXI no es, en últimas, el Estado, puesto que no hay un contenido ideológico antagónico al liberalismo que pueda atribuirse a un Estado enemigo. Los términos de la enemistad política internacional dotan al enemigo de elementos absolutos, como lo explica la filósofa argentina Mariela Cuadro: “el universalismo moral y abstracto del liberalismo, supone también un universalismo especial que, en el caso de la guerra contra el terror, derribó las fronteras estatales y puso el espacio global a disposición de las intervenciones preventivas, principalmente, estadounidenses” (Cuadro, 2013, p. 111).

El fin del Estado en esta interpretación, se refiere a la posibilidad consciente que tiene una nación de desaparecer como comunidad jurídica: ante una percepción de inseguridad última, la exigencia a los ciudadanos es también una exigencia última. Hoy la identificación de un enemigo no se basa en una diferencia política, sino en la percepción de una amenaza a la existencia y frente a la cual solo queda la acción del sacrificio.

Esta situación, además de paradójica, es trágica y cruel y se ajusta al modelo de interpretación que propone Slavoj Žižek para el sacrificio en la Edad Moderna. Para él, en buena parte inspirado en Carl Schmitt y Kierkegaard, el sacrificio es el acto de negar aquello que nos es máspreciado, como una muestra de la fe inquebrantable en “eso” que nos es máspreciado. En la teología política del Carl Schmitt, la petición tácita o explícita que el soberano hace a sus súbditos de profanar el *statu quo* para lograr la suspensión de la ley y desde allí, reafirmar una re-orientación del Estado hacia la normalidad, es un ejemplo claro de la trágica

crueledad moderna (Žižek, 2011b, p. 36). Esto corresponde con una interpretación alternativa a la tragedia de Abraham descrita por Kierkegaard en *Temor y temblor* (2003) y que bien podemos extrapolar para actualizar el papel del sacrificio en la política contemporánea⁴.

El filósofo Žižek se basa en Schmitt para realizar una lectura nueva del momento de suspensión ética de Kierkegaard, que utiliza el ejemplo de Abraham en el monte Moriah para diferenciar la encrucijada tradicional de la tragedia-cruel moderna y en esa narrativa, distinguir también al héroe tradicional del héroe moderno⁵. En Kierkegaard el llamado de Dios a Abraham a sacrificar a su hijo, lo máspreciado para él en la tierra, implica decidir entre el deber de Abraham con Dios y su deber con la humanidad. Žižek advierte que en la misma situación hay otra lectura posible, la que describe una decisión más que trágica, una decisión cruel (Žižek, 2011b p. 38). Esta implicaría que la elección es también entre dos facetas de Dios, el Universal, que me exige amor al prójimo, amor a él, amor a todo, y el singular, que me exige suspender el Universal, por amor a él. Entonces la encrucijada no se encuentra en que en nombre del amor a Dios, Abraham deba sacrificar a su hijo, lo cual sería solamente trágico, sino en que en nombre de su amor a Dios “tenga que sacrificar aquello que la religión misma, fundamentada en su fe, le ordena amar” (Žižek, 2011b, p. 38). Es decir que hay un sacrificio de la propia fe. Ese es el verdadero punto muerto de la fe, una situación trágica y cruel, aquella que implica que la única manera de demostrar tu fe, es traicionar lo que esa misma fe te ordena amar. La orden de detenerse de Dios a Abraham, representa el retorno de un Dios celoso, vengativo e implacable, que no necesita justificación humana para sus decisiones.

4 Para Slavoj Žižek, en esta descripción teológica estaría la clave de una defensa de Carl Schmitt a la modernidad, la cual no solo es distinta a la racional-liberal, sino que es más efectiva. Al retornar a la figura de una autoridad incondicional que no puede fundamentarse en razones positivas para defender el orden racional y positivo de la modernidad, Žižek advierte que la crítica de Schmitt al formalismo liberal evidencia una paradoja: al dejar sin un contenido concreto la decisión del soberano, se justifica el orden racional burgués por una vía distinta a la del formalismo liberal, pero al fin cayendo irremediabilmente en otro tipo de formalismo, el formalismo decisionista.

5 Kierkegaard elaboró una noción de fe que encaja en esta paradoja de autoridad. Esa es la razón por la cual, para él, la religión es eminentemente moderna: el universo tradicional es ético, mientras que lo religioso involucra un trastorno radical de las viejas costumbres. La verdadera religión es una loca apuesta a lo imposible que tenemos que hacer después de haber perdido todo apoyo en la tradición.

Esto se adapta a lo que hemos mencionado acerca del sacrificio en la política contemporánea. Es esta una metáfora de la realidad en que vivimos, en la que se justifica el advenimiento de Estados antiliberales, desde el mismo seno del liberalismo. Pero concretamente, ¿cómo se expresa hoy esta forma de sacrificio de los principios liberales, en defensa del liberalismo? Básicamente de dos formas, la primera en la socavación de la institución parlamentaria y la segunda en el retorno a una soberanía ascendente, no derivada de procesos demoliberales, sino de una “autoridad autoritaria”, es decir, autojustificada⁶.

Sobre la primera forma de sacrificio, vale decir que sucede en los momentos de excepción. Las situaciones de excepción se justifican en el retorno al momento fundante de las naciones. Ese momento es en Occidente el de las revoluciones que dieron origen a los Estados. La revolución como expresión originaria de la excepción, tiene una función paradigmática. En el hemisferio occidental, el orden jurídico no solo comienza con la excepción de la revolución, sino que la misma siembra en su seno la posibilidad de regresar a la violencia revolucionaria, con tal de salvar el logro de la nación ante alguna amenaza externa.

Lo que tenemos en democracias como las latinoamericanas y más claramente en la estadounidense, es un concepto de soberanía popular como un sujeto colectivo e intergeneracional, que de manera teológica constituye la voz de un “Nosotros, el pueblo”. Este es el Dios soberano que opera como en el relato sobre Abraham, se revela y pide el sacrificio a su creyente. Este poder constituyente se expresaría, según la teoría liberal, propiamente en la institución parlamentaria; sin embargo, lo que vemos hoy es que ese poder constituyente no tiene un centro fijo y su lugar es el de la excepción. En la crisis del liberalismo, la exigencia de sacrificio implica el retorno a la noción de soberano absoluto, lo que se expresa través de la preponderancia de los poderes ejecutivo y judicial.

Sobre el último, el poder judicial, podemos decir que el sacrificio opera en la medida en que se pide a los ciudadanos sacrificar sus derechos políticos por decisiones que les favorecen, aunque no las compartan. El “Nosotros, el pueblo”, se expresa a partir de lo que conocemos como control de constitucionalidad, que no es más que el control que ejercen las instituciones judiciales de la constitucionalidad de la legislación de un país. En Occidente, esto ha derivado en grados

6 Un argumento distinto nos ofrece Alfonso Galindo-Hervás, quien también se ha propuesto una actualización a Schmitt, pero admite que el “horizonte abierto por el liberalismo es irrenunciable” (Galindo, 2002, p. 161).

de autonomía tan altos que hoy se llega a hablar del “gobierno de los jueces”. En Estados Unidos el Tribunal Supremo y en Colombia la Corte Constitucional, se pronuncian y deciden en nombre de la soberanía popular, aun en contra de lo que se pudiera decidir en los mismos parlamentos. Cuando estas cortes declaran inconstitucional una ley, ¿cuál es exactamente la fuente de legitimidad de esa sentencia? Pues bien, cuando lo hacen invocan un tipo de excepción: su decisión supone el final del curso ordinario de las mayorías legislativas que responden a intereses políticos cambiantes. Las cortes, soberanamente, deciden como poseedoras de una verdad constitucional. Es evidente el trasfondo teológico que encontramos en esta situación concreta.

La Constitución en Occidente fue y ha sido un intento por controlar las atribuciones del poder ejecutivo y la volatilidad de intereses que permean el legislativo; esto es en gran medida un legado contra los abusos de los gobiernos monárquicos europeos. En países como Estados Unidos y en otros como Colombia, por ejemplo, las cortes han sacrificado en múltiples ocasiones la libertad de elegir en nombre de la libertad constitucional, y han interpretado el espíritu de la constitución para, por ejemplo, permitir el aborto en un país con una mayoría católica, retrógrada, antiabortista, representada, además, en el congreso. En el caso de los Estados Unidos, por citar otro ejemplo, se deroga una ley que impide que los homosexuales casados en los Estados donde esto es legal, logren reconocimiento y beneficios fiscales a nivel federal, sin que tal decisión pase por el congreso. Los ejemplos de este tipo abundan y llegan al nivel de tomar o frenar decisiones de política exterior, como la firma de tratados o la intrusión en la política doméstica de otras naciones.

Ese “Nosotros, el pueblo” no solo habla a través de las instituciones judiciales; también lo hace, a través del ejecutivo. Las decisiones en materia de seguridad nacional en el caso de los Estados Unidos, en el presente siglo, así lo demuestran. Ni la guerra en Afganistán, ni la invasión a Irak, como tampoco el apoyo a los rebeldes libios. La instigación mediática realizada contra Rusia, ha pasado por el congreso estadounidense. Lo que tenemos es el sacrificio de los principios demoliberales de la deliberación, la participación y la representación que se concretan en los procedimientos legislativos. Hoy el ciudadano es retado a sacrificar en nombre de la libertad, su propia libertad de decidir a través de quienes “eligió” para que le representaran, dado que el Dios soberano de las cortes y los presidentes autoritarios así se lo exigen. A cambio, recibe la seguridad de pertenecer a un “Estado fuerte”.

Como vemos en estos casos, la pérdida paulatina de libertades en Occidente es el signo de la emergencia de un nuevo soberano que exige el sacrificio de la

ciudadanía demoliberal, a cambio de protección. Este es el trasfondo teológico que da cuenta de una nueva relación entre el ciudadano y el Estado en Occidente; en este vínculo se concreta la posibilidad del sacrificio de lo que define al primero, por lo que define al segundo. La tendencia es a que las amenazas creadas en Occidente, obliguen al ciudadano a sacrificar, no solo su libertad en términos de decidir a través del legislativo, sino a traicionar la pretensión de universalidad de sus propias libertades con la intervención en otras naciones, de tal manera que se sacrifica lo que al ciudadano liberal le es más querido, la misma democracia liberal, aunque su sacrificio, como en el caso de Abraham, sea una prueba de obediencia de la que se deriva una mayor protección de la colectividad a la que pertenece.

Pero el asunto no queda allí. Hay una conexión entre el sacrificio de los derechos políticos de representación y el sacrificio al derecho a la vida. Por la misma vía en que una corte adopta el aborto en un país católico o un presidente avala el matrimonio homosexual en el país del Ku Klux Klan, se decide intervenir militarmente en otras naciones, cerrar los parlamentos y declarar guerras defensivas o prodemocráticas. Con estas decisiones se abre el tiempo de la soberanía y eso significa que cada ciudadano, en cada Estado, se encuentra en la posibilidad real de ser llamado al sacrificio, en parte (sus derechos políticos) o *in totum*, con su vida.

Esto se conecta con la segunda forma de sacrificio, referida al surgimiento de “autoridades autoritarias” es decir, gobiernos que actúan por fuera de los marcos de la legitimación deliberativa o consensuada. Con la exigencia del sacrificio de “la cosa por la cosa”, se funda una etapa de emergencia del soberano que no necesita justificación racional, ni positiva para decidir. Es la entrada, por vía de un liberalismo que se auto-engulle, a gobiernos autoritarios y Estados totales.

Hoy tenemos Estados demoliberales que necesitan de actos complementarios, irracionales, para garantizar cohesión en tiempos en que el enemigo debe buscarse adentro. Estos son Estados que se definen por tautologías: “Soy lo que soy” y sus decisiones se hallan plenamente incondicionadas, en consecuencia, en él: “Es así PORQUE YO LO DIGO” (Žižek, 2011a, p. 44). Hoy por hoy, no es posible reducir los conflictos políticos y las decisiones autoritarias a simples puntos de inflexión que los Estados necesitan para reorganizar su aparato jurídico y así poder “resolver racionalmente”, por ejemplo, el problema del terrorismo y la amenaza nuclear, puesto que tal tarea es imposible de culminar por una vía racional. Como hemos visto, ante la ausencia de un enemigo externo fijo, toda amenaza se torna en la amenaza última. En virtud de ello, los principios liberales se ubican en una “lista de espera” para ser sacrificados, no precisamente por la supuesta amenaza, sino en

defensa de la misma. Es en esta última opción cuando emerge la milagrosa acción del soberano absoluto, que guía las mentes de los magistrados y dirige el dedo rector de los líderes populistas de hoy: en la declaración de una guerra defensiva, en la decisión de perseguir a un terrorista que amenaza a la humanidad o en la posibilidad de decidirse por un último y autodestructivo acto nuclear se amplían las posibilidades de sacrificio de la ciudadanía, tal como se ha entendido hasta ahora. En “imaginar la posibilidad del sacrificio, se encuentra el sentido mismo de la ciudadanía en el presente siglo” (Kahn, 2012, p. 185).

En consecuencia, si la transacción de protección-obediencia entre el Estado y el ciudadano deriva de la emergencia de un soberano que exige el sacrificio de la libertad por la libertad (lo que es idéntico en el caso de Abraham, al sacrificio de la fe por la fe), el sacrificio de los fundamentos liberales puede entenderse hoy como el principal vínculo entre el ciudadano y el soberano. Podemos decir, en consecuencia, que asistimos a una reconfiguración de la clásica noción del pacto.

Conclusión

La vinculación de la categoría teológica del “sacrificio” al análisis político contemporáneo permite acercarnos con herramientas novedosas al análisis sobre el papel del conflicto en las relaciones políticas internacionales en Occidente. Es posible concluir cuatro puntos alrededor de la función que cumple el sacrificio en el análisis de la relación entre el ciudadano y el Estado:

1. La condición existencial o histórica de Estado como unidad política básica se deriva de la existencia previa de lo político. Si lo político es anterior al Estado, entonces este se define como el resultado de una lucha entre colectividades que buscan su instrumentalización y con ello su re-definición permanente. El Estado es en consecuencia un poder históricamente construido por colectividades en contienda.
2. En la medida en que no es posible un consenso sin exclusiones ni excluidos (Mouffe, 2003), todo orden es político y está basado en alguna forma de exclusión. Cualquier aparente consenso supone otras posibilidades reprimidas que están en condiciones reales de reactivarse. Su reactivación implica moverse continuamente entre el “adentro” (la legalidad y el procedimiento democrático), y el “afuera”, la violencia y la confrontación bélica. Entre los agonismos y los

antagonismos hay una línea continua, horizontal y lo más importante, de “ida y vuelta” para la acción política.

3. El liberalismo ha anulado el “afuera” de la política, todo lo que no pase por el velo de ignorancia o por la deliberación racional no alcanza a ser catalogado como un hecho político. Sin embargo, la violación de los procedimientos democráticos, el no reconocimiento de las instituciones democráticas, la misma guerra como una posibilidad en la política, hacen entender que la excepción no solo es innegable, sino necesaria en la creación y evolución de los mismos procedimientos e instituciones jurídicas.

4. La enemistad en política internacional no deriva directamente de la distribución del poder en el sistema mundial, sino de la inferencia que realizan los Estados liberales frente a la peligrosidad de los demás Estados con los que interactúan. En consecuencia, no hay un enemigo exterior, solo percepciones de peligrosidad en los Estados liberales. Esto vuelve inestable cualquier definición del amigo-enemigo a nivel internacional y activa la conciencia finita de los Estados exigiendo, en su interior, el sacrificio a sus asociados.

Referencias

- Campederrich R. (2006). Soberanía y orden internacional en la filosofía política y jurídica de Hans Kelsen y Carl Schmitt: aportaciones a un debate reciente. *Anuario de Filosofía del derecho* (23), 205-218.
- Cuadro, M. (2013). La Guerra Global contra el Terror y el universalismo liberal: reflexiones mediante Carl Schmitt. *Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Madrid*, (22), 109-125.
- Doyle, M. (1983a). Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs, Part I. *Philosophy & Public Affairs*, 12, 205-235.
- Doyle, M. (1983b). Kant, Liberal Legacies and Foreign Affairs, Part II. *Philosophy & Public Affairs*, 12, 323-353.
- Galindo, A. (2002). Actualidad de la crítica de Schmitt al liberalismo. *Revista de Filosofía*, (27), 151-162.
- Geraldo, T. (2012). *La tesis de la paz democrática y el uso de la fuerza*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

- Kierkegaard, S. (2003). *Temor y Temblor*. Buenos Aires: Losada.
- Kahn P. (2012). *Teología política: Cuatro nuevos capítulos sobre el concepto de soberanía*. Bogotá: Ed. Nuevo Criterio Jurídico, Universidad de los Andes, Instituto Pensar.
- Mouffe, C. (2003). *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. México: FCE.
- Schmitt, C. (1991). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Scott C. J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Editorial ERA.
- Žižek, S. (2010). *Cómo volver a empezar... desde el principio*. En Hounie, A. (Comp.), *Sobre la idea del comunismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Žižek, S. (2011a). *¡Bienvenidos a tiempos interesantes!* La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- Žižek, S. (2011b). Carl Schmitt en la era de la post-política. En Mouffe, C. (Comp.), *El desafío de Carl Schmitt*. Buenos Aires: Prometeo.